

CAPÍTULO I

Una, grande, libre... y hambrienta

ESPAÑA: UNA, GRANDE, LIBRE. Así de escueto era el ideario del bando nacionalista que aparece grabado en una humilde moneda de 25 céntimos emitida en 1937, el Segundo Año Triunfal celebrado por la media España empeñada en vencer a la otra mitad partidaria de la República.

Las doce campanadas del 31 de diciembre de 1939 pusieron el punto y final a una década marcada por un violento debate político, que en poco tiempo se trasladó de los escaños parlamentarios a las trincheras de los campos de batalla. Al estallar la sublevación militar de julio de 1936 las dos provincias extremeñas, Badajoz y Cáceres, tuvieron un comportamiento desigual. Mientras la primera permaneció fiel al gobierno legítimo, la segunda se sumó desde un primer momento al denominado Alzamiento Nacional. Ambas provincias volvieron a estar conectadas tras el paso de la «Columna Madrid» durante el mes de agosto, quedando el extremo más oriental de la región extremeña en poder republicano. Ésta línea del frente permaneció inalterable hasta finales de julio de 1938, cuando el ejército franquista lanzó una vasta operación militar para liquidar la denominada Bolsa de la Serena.

Aquella ya remota Nochevieja de 1939 dio paso a un amanecer que sorprendió a centenares de miles de españoles hacinados en las cárceles por desafectos al Nuevo Régimen o exiliados en los campos de refugiados situados en territorio francés. Los nue-

ve meses transcurridos desde que se declarase el final de la Guerra Civil no habían sido suficientes para llorar a todos los muertos de la contienda ni para reconciliar a la sociedad española. Un ejército de parias vagaba de un lado para otro sin atreverse a regresar a sus hogares por temor a las represalias del bando vencedor. La luz del primer día de 1940 puso al descubierto la dramática situación que padecería la mayor parte del pueblo en los años venideros. La añorada paz llegó plagada de rencor, de miseria y de hambre, una palabra tan cotidiana que bien pudo figurar inscrita en las monedas de la época junto al yugo y las flechas.

El secular atraso social y económico de Extremadura, ajena al desarrollo industrial iniciado en España en la segunda mitad del siglo XIX, no hizo más que agravarse con la autarquía impuesta por las autoridades franquistas. La mayoría de la población, que superaba con creces el millón doscientos mil habitantes, no tuvo más remedio que «apretarse el cinturón». La hambruna endémica terminó por convertirse en una auténtica epidemia a lo largo de los años 40 del siglo pasado. Las raciones de azúcar, arroz y productos varios obtenidos con los cupones de las cartillas de racionamiento no bastaban para cubrir las necesidades mínimas de las familias. Los comedores de Auxilio Social estaban abarrotados de niños con el pelo rapado al cero para evitar la propagación de los piojos y el hambre, que es tan mala, transformó a honrados vecinos en furtivos ladrones de cosechas ajenas. El maíz reemplazó a la harina del trigo en la elaboración del pan –alimento básico de nuestros padres y abuelos–, y muchos habitantes de los términos situados en la Raya de Portugal se ganaron la vida como mochileros transportando el café, el tabaco y el codiciado pan blanco del país vecino. Las autoridades españolas empeñadas en acabar con el lucrativo negocio del contrabando –que a mayor represión obtenía mayor beneficio–, llegaron a restringir hasta el trasiego de las personas por la franja fronteriza con Portugal, donde era necesario exhibir un salvoconducto especial de fronteras expedido por la Dirección General de Seguridad.

LA OPERACIÓN BARBARROJA

Mientras la Guerra Civil española acaparaba los titulares de la prensa mundial, Adolf Hitler, líder del partido nacional socialista alemán, movía ficha con vistas a extender su imperio en Europa. De forma descarada intervino a favor de los militares sublevados en España a la vez que ocupaba o se anexionaba –con el beneplácito de los gobiernos democráticos del Viejo Continente– Austria, la región de Renania y los Sudetes, Bohemia y Moravia en la República Checa. El 1 de septiembre de 1939 el todo poderoso ejército alemán invadió Polonia y dos días después Gran Bretaña y Francia le declararon la guerra. Durante 1940 la avalancha nazi no se detuvo y fue invadiendo sucesivamente Dinamarca, Noruega, Países Bajos, Bélgica y Francia. Antes de que terminase el año, el 23 de octubre, la localidad francesa de Hendaya, junto a la frontera española, fue el escenario elegido para celebrar el famoso encuentro entre Hitler y Franco, una entrevista en la que el Generalísimo no consiguió ninguna de las concesiones económicas y territoriales que exigía a cambio de participar en la guerra al lado de sus antiguos aliados. La prensa de la época, siguiendo las directrices impuestas por la censura del Régimen, se encargó de presentar a Franco como el salvador de la Patria al mantener la neutralidad española contra viento y marea.

Dos meses antes del encuentro –o encontronazo, según se mire– de Hitler y Franco, el gobierno nazi había suscrito un pacto secreto con los soviéticos para repartirse el territorio polaco una vez iniciado el ataque alemán. No duraría mucho aquel acuerdo de conveniencias entre dos dictaduras de ideologías totalmente opuestas aunque semejantes a la hora de aplicar la política del terror en los campos de concentración. Veintidós meses después de la firma, el 22 de junio de 1941, comenzaba una gigantesca operación militar del ejército alemán con el fin de conquistar la URSS, un vasto imperio de más de 22.000.000 de kilómetros cua-

drados que los alemanes consideraban vital para la futura expansión del Tercer Reich. Aquella invasión por sorpresa tenía un nombre en clave: Operación Barbarroja.

LOS EXTREMEÑOS DE LA DIVISIÓN ESPAÑOLA DE VOLUNTARIOS

Tratar de localizar a todos los extremeños que formaron parte de la División Española de Voluntarios resulta en la práctica imposible por el volumen de la documentación archivada y el inevitable extravío y deterioro de muchos documentos. Por ello asumimos la existencia de posibles errores en los listados, aunque están cotejados con la información encontrada en el Archivo General Militar de Ávila, que en muchos casos no aclara si el voluntario estuvo en las filas de la División o simplemente se alistó sin conseguir su objetivo por diferentes motivos. Para hacerse una idea de lo difícil que resulta saber el número exacto de los hombres que estuvieron en Rusia, basta con decir que en los listados generales de los supuestos voluntarios inscritos en las Milicias de Badajoz y de Cáceres encontramos a tres personas que habían fallecido con anterioridad, durante la Guerra Civil española. La fiabilidad de los datos extraídos del archivo particular del comandante Miguel Ángel Rodríguez Plaza, avalada con frecuencia por otras fuentes de información, nos impulsó a incluir a todos los socios de la Hermandad de Cáceres, corriendo el riesgo de que algunos no se hubiesen incorporado a la División desde Extremadura. En cambio sí descartamos las fuentes orales dudosas, los testimonios que solo aportaron el apodo –aunque hubiese certeza de su presencia en el frente ruso– y los voluntarios que fueron desestimados en el acto de filiación o rechazados en los exámenes médicos efectuados antes y después de cruzar la frontera francesa.

A la hora de decidir los criterios de selección para determinar qué divisionarios serían catalogados como extremeños optamos

por incluir a todos los que estuvieron encuadrados en alguna de las tres categorías siguientes:

- a) Voluntarios, militares profesionales y soldados de reemplazo nacidos en Extremadura sin importar el lugar de residencia en el momento de la filiación.
- b) Voluntarios procedentes del resto de España y de Portugal que se inscribieron en las Milicias de Badajoz y de Cáceres.
- c) Militares profesionales y soldados de reemplazo que se alistaron en alguno de los acuartelamientos ubicados en Extremadura.

En total hemos encontrado a más de 2.500 hombres, que al final quedaron reducidos a 2.406, aunque calculamos que la cifra real podría estar en torno a los 3.000 voluntarios. En el Apéndice ofrecemos el listado general por orden alfabético especificando los dos apellidos y el nombre, la fecha y el lugar de nacimiento, la procedencia, el mes y/o el año de partida y de repatriación del frente soviético, el destino y el empleo desempeñado en la División Española de Voluntarios.

De Extremadura eran como mínimo 2.081 hombres, procedentes de 274 localidades (142 cacereñas y 132 pacenses), algo más del 70% del total de los municipios extremeños, incluidos 133 de Badajoz y 39 de Cáceres de los que no pudimos determinar el lugar de origen con exactitud. La provincia de Badajoz aportó 1.384 divisionarios frente a los 697 de Cáceres, equivalentes al 0,18% y al 0,13% de la población que tenían de hecho ambas provincias a finales de 1940 (742.547 habitantes censados en Badajoz y 511.377 en Cáceres). La densidad de población de los municipios donde habían nacido los voluntarios era muy distinta según se tratase de la Alta o de la Baja Extremadura. En la provincia cacereña predominaban los pequeños asentamientos rurales típicos de las áreas serranas: 71 municipios con una población inferior a los 2.000 vecinos, 63 comprendidos entre los 2.001 y los 7.000, cinco

entre los 7.001 y los 20.000, y tan sólo uno que superaba esta cifra, en concreto la capital, con 38.392 habitantes. En Badajoz, por el contrario, abundaban los pueblos más grandes. Sólo aparecen 29 municipios con una población menor de 2.000 habitantes, 63 entre los 2.001 y los 7.000, 25 entre los 7.001 y los 20.000, y cuatro que rebasaban con creces dicha cifra: Badajoz (55.869), Mérida (25.501), Almendralejo (21.726) y Don Benito (20.931).

En muchos casos el número de los voluntarios que aportó cada municipio extremeño no guarda relación con su población, con notables diferencias entre municipios con un número similar de habitantes. Por ejemplo, en Torre de Don Miguel se alistaron nueve voluntarios mientras que en Brozas, que multiplicaba por cuatro el número de vecinos, la cifra de inscritos se redujo a tres. Los dos divisionarios oriundos de Berlanga equivalían a poco más del 5% de los voluntarios procedentes de Burguillos del Cerro y de Bienvenida, que aportaron 36 y 35 hombres respectivamente. Este último dato es muy significativo, porque las tres localidades pacenses estaban comprendidas en el mismo tramo de habitantes (6.001-7.000). Sólo cuatro municipios de Extremadura superaron el medio centenar de voluntarios: Badajoz (129), Cáceres (104), Almendralejo (73) y Trujillo (55).

El porcentaje de estudiantes enrolados en Extremadura fue insignificante debido a que no existían centros universitarios, mientras que en Madrid y en otras capitales de provincias el Sindicato Español Universitario (SEU) aportó unos 3.000 voluntarios, que como recompensa quedaron exentos de abonar los derechos académicos. Mucho más numeroso fue el grupo integrado por los excombatientes y los militantes falangistas –tanto «camisas viejas» como jóvenes idealistas que por su corta edad no pudieron participar en la Guerra Civil–, aunque la mayoría de los extremeños no dieron aquel paso decisivo por ideales políticos sino por pura supervivencia. Decir que el hambre los estaba matando no es una metáfora porque el número de defunciones aumentó hasta límites insospechados debido a la caquexia y a la pelagra. Otros volunta-

rios encontraron en la División Azul la única tabla de salvación capaz de reflotarlos a ellos y a sus respectivas familias, que a menudo seguían expiando los pecados cometidos durante la etapa republicana (algunos divisionarios eran hermanos de antiguos integrantes de los comités locales revolucionarios). El desempleo fue otra de las causas para alistarse. En los expedientes de los trabajadores menos cualificados encontramos los certificados expedidos por la Oficina Local de Estadística acreditando que el voluntario se encontraba en paro forzoso. Más triste, si cabe, fue el caso de un zapatero que se alistó por carecer de los materiales necesarios para trabajar en su oficio.

De todas maneras podríamos calificar los hechos anteriores como leves si los comparamos con la dramática situación que vivían muchas familias tras la pérdida de uno o varios miembros en la reciente Guerra Civil, tanto en los combates como en los «paseos» realizados en la retaguardia por ambos bandos. Un joven trujillano de 18 años se marchó a Rusia porque malvivía con su madre y siete hermanos. Otro adolescente domiciliado en Granja de Torrehermosa, huérfano de padre y madre, tenía a su cargo a la madrastra y a dos hermanos. Un voluntario de Hervás, hijo de madre soltera, convivía con su tía viuda y sus seis hijos, el mayor de 15 años. Estos casos no fueron excepcionales.

Gracias al listado de más de 20.000 nombres que figura en el apéndice del segundo tomo de la obra de José Luís Gutiérrez Casalá sobre la Guerra Civil en la provincia de Badajoz, sumado a los datos obtenidos de otros autores que tratan del mismo tema a nivel local o regional (Francisco Espinosa, Jacinta Gallardo, Cayetano Ibarra, José María Lama, Manuel Rubio y Silvestre Gómez), hemos localizado a dos centenares de hombres y mujeres que padecieron las represalias y que son o podrían ser familia de los divisionarios al coincidir los dos apellidos y la localidad de origen, aunque su número quizás está infravalorado porque salvo en contadas ocasiones no pudimos determinar el nombre y los apellidos de los progenitores y de otros parientes que sin duda es-

tán incluidos en las listas. La mitad de los familiares murieron por diversas causas (en combate, fusilados, cautiverio, etc.) y la otra mitad sufrieron prisión aunque la mayoría se encontraban en libertad cuando partió la primera expedición a Rusia en el verano de 1941.

Como mínimo 26 de los futuros divisionarios estuvieron detenidos por su ideología política, primero los falangistas y los partidarios de las derechas –entre ellos el capellán castrense Jorge García Santisteban– y luego los militantes de los partidos y de los sindicatos de izquierdas, algunos internados en los tristemente famosos campos de prisioneros de Castuera y de Sagrajas. De hecho, a más de un preso republicano le dieron a elegir entre Rusia y el paredón. Por suerte también hubo motivos menos trágicos para apuntarse a la División Azul y algunos lo hicieron bajo los efectos del alcohol. También la tozudez típica de la poca edad cegó a muchos jóvenes imberbes incapaces de creer lo que estaban viendo con sus propios ojos. Ninguna de las trágicas secuelas que producen todas las guerras fue suficiente para que diesen marcha atrás en su deseo de marchar a Rusia.

La presencia de dos, de tres y hasta de cuatro hermanos enrolados en la División Azul fue un hecho bastante común. Como un sarcasmo de la guerra, algunos de los divisionarios que luchaban en las filas de la Wehrmacht desconocían que sus hermanos se encontraban internados en los campos de concentración nazis. Cuesta creer que sucesos tan dramáticos pudiesen ocurrir, pero lo cierto es que hemos confirmado dos casos.

El primero es el de Faustino Pérez Ortiz. Natural de Bienvenida, era el sexto hijo de un total de siete hermanos (cinco mujeres y dos varones). De oficio jornalero, se enroló a los 21 años en la División Española de Voluntarios –seguramente en la primera expedición, en julio de 1941– y regresó de Rusia en octubre de 1942. Su hermano Jesús, once años mayor que él, probablemente combatió en el bando republicano durante la Guerra Civil y también es casi seguro que se exilió en Francia, donde el 1 de sep-

tiembre de 1939 le sorprendió el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Tras declararle la guerra a Alemania, el gobierno francés movilizó a todos los extranjeros varones con derecho a asilo comprendidos entre los 20 y los 48 años, pasando la mayoría de los refugiados españoles, que estaban internados en los campos de concentración galos, a formar parte de las Compañías de Trabajadores Extranjeros (Miguel Ángel Sanz, 2006). A finales de la primavera de 1940, una vez concluida la Batalla de Francia, miles de republicanos españoles fueron desterrados al campo de exterminio de Mauthausen (Austria), donde muchos perdieron la vida acarreado las pesadas piedras que subían a paso ligero por los 186 escalones de la cantera de granito. Jesús Pérez Ortiz fue deportado el 27 de enero de 1941 a Mauthausen; con posterioridad lo trasladaron al vecino campo de Gusen y más tarde debió retornar a Mauthausen, porque allí lo liberaron el 5 de mayo de 1945 las tropas norteamericanas de la 11ª División Acorazada. Cuando Jesús recobró la ansiada libertad, su hermano Faustino vivía en Bienvenida acompañado de una hermana y de su madre viuda¹.

El segundo es el de Francisco Zapata Meneses, un jornalero de 20 años natural de Ribera del Fresno, que se alistó en la División Española de Voluntarios en octubre de 1942 y fue repatriado del frente ruso en noviembre de 1943. En el momento de enrolarse se cumplía el 6º aniversario de la trágica pérdida de su padre, un bracero de 51 años llamado Lorenzo Zapata Pachón, muerto a causa de la represión llevada a cabo por el bando franquista. Su hermano Isidoro –o Isidro, según las fuentes– era siete años mayor que él y su caso pudo ser idéntico al anterior: un soldado republicano que por temor a las represalias se exilió en Francia al terminar la Guerra Civil. El 27 de abril de 1941 –a los tres meses

1. Archivo General Militar de Ávila, Archivo Histórico Municipal de Bienvenida, Crónica del Holocausto y Libro Memorial. Españoles deportados a los campos nazis (1940-1945).

justos de la deportación de Jesús Pérez Ortiz— lo enviaron al campo de exterminio de Mauthausen. El 30 de junio siguiente fue trasladado a Gusen y el 8 de noviembre de 1942 a Dachau (Alemania), otro campo situado en las inmediaciones de la ciudad de Munich. En este último lugar sobrevivió durante dos años y medio hasta que fue liberado el 29 de abril de 1945 por los soldados de las 42ª y 45ª Divisiones de Infantería norteamericanas².

La similitud entre ambos casos resulta increíble: los dos divisionarios eran hijos de viuda, jornaleros de profesión y tenían 20 y 21 años en el momento de marchar a Rusia. Está bien claro que los motivos para alistarse fueron dos, por un lado estaban el hambre y la miseria que padecían todos los obreros del campo, y por otro el deseo de borrar la afrenta ocasionada por sus hermanos mayores, catalogados en la España franquista como «rojos huidos».

MOTIVACIONES PARA ALISTARSE EN LA DIVISIÓN AZUL *TESTIMONIOS*

Comencé a trabajar en Mérida como el único empleado junto al director de la sucursal de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Badajoz. Con sólo 19 años decidí alistarme a la División Azul por mis ideales falangistas y sobre todo por las imágenes que aparecían en los cines sobre las aplastantes victorias militares del Ejército alemán que nos hicieron creer que iríamos a Rusia para desfilas. Mi padre, que era guardia civil, consiguió que me borrasen de la lista por ser menor de edad y carecer del permiso paterno. El jefe de Milicias le reprochó que cómo un guardia civil impedía que su hijo fuera a luchar contra el comunismo, a lo que mi padre le respondió que su hijo tenía todo un porvenir por delante como empleado de la banca y que si él, refiriéndose al falangista, acompañaba a su hijo,

2 Archivo General Militar de Ávila, Registro Civil de Ribera del Fresno, Crónica del Holocausto, La columna de la muerte y Libro Memorial. Españoles deportados a los campos nazis (1940-1945).

ahora mismo firmaba la autorización. El jefe de Milicias le respondió que cada uno tenía su lugar y mi padre le dijo que mi lugar estaba en Mérida trabajando en el banco.

Me escapé de casa aprovechando que mi padre estaba concentrado con otros guardias civiles en la comarca de La Siberia. Al no llevar su permiso tuve que invitar a comer al encargado de Falange de Badajoz para que me admitiese. Mi madre acudió acompañada de la madre de Antonio Román Durán –un amigo íntimo, como un hermano, que también era hijo de un guardia civil– para rogarnos que volviéramos a casa y los dos les contestamos que si no nos dejaban ir a Rusia nos tirábamos desde la terraza del Teatro López de Ayala. Enterado mi padre consiguió un permiso y se presentó en la estación de ferrocarril de Mérida, por donde pasaba el convoy, y allí intentó bajarnos del tren sin éxito. Mi padre no se dio por vencido e hizo gestiones a través de un amigo militar para que no me dejasen partir de Logroño. El oficial al mando del cuartel me permitió permanecer allí, aunque no figuraba en los listados, porque suponía que no tenía dinero para costearme una pensión.

JACINTO MIGUEL SOLANO (entrevista personal)

En mi familia todos éramos republicanos. A mi hermano Juan lo fusilaron en Badajoz el 24 de agosto de 1936 y mi hermano Manuel se fue a la División Azul porque nadie le daba trabajo por su pasado político. Cuando se marchó tenía más de 30 años y estaba casado y con una hija.

TERESA PACHECO RODRÍGUEZ (entrevista personal)

A mi padre, Isaac Rodríguez Lagar, lo detuvieron por haber sido militante socialista (fue condenado a muerte en 1941 y le conmutaron la pena capital por otra de 30 años de reclusión, según Gutiérrez Casalá) y yo apenas ganaba dinero para alimentar a mi madre y a cinco hermanos menores. Decidido a marcharme a Rusia para sacar a la familia adelante tuve que desplazarme hasta Badajoz, ya que la primera vez que me apunté mi madre consiguió que me borrasen de la lista alegando que era menor de edad.

FRANCISCO RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ (entrevista personal)

Mi padre Matías Vega Flores se fue con 20 años a la División

Azul porque no tenía ni un duro y pasaba mucha hambre. A su madre, Carmen Flores Fuentes, apodada La Buena Mujer, la fusilaron en la Guerra Civil y a su hermano Antonio lo condenaron a 30 años de cárcel.

MANUEL VEGA CARBONERO (entrevista personal)

Juan Chamizo Mateos, un teniente de la Guardia Civil oriundo de Zafra, fue ascendido y trasladado de Valdelamusa (Huelva) a Morón de la Frontera (Sevilla) pocos meses antes del inicio de la Guerra Civil. Se trataba de un hombre dialogante y con buena fama entre el vecindario. Cuando estalló el conflicto se atrincheró en el cuartel y murió en el asalto de las milicias izquierdistas. La viuda, que tardó más de un año en conseguir que le reconocieran la pensión, volvió a Zafra con sus hijos a la vivienda de su suegro, un sargento del Ejército retirado que había desempeñado el cargo de inspector de la policía municipal. Este señor tenía fama de buen tirador y en el pueblo se solía decir «No le da un tiro ni Chamizo». La familia pasó las lógicas estrecheces económicas teniendo que comprar fiado en los comercios durante un tiempo para sacar adelante a los pequeños. Uno de los hijos, llamado Julián Chamizo de Rivas, se radicalizó tras la violenta muerte de su padre y estuvo combatiendo en la Guerra Civil con el grado de alférez provisional. Luego se enroló como voluntario en la División Azul y murió nada más llegar cuando era transportado al frente en un camión que fue alcanzado por un proyectil de artillería.

CAYETANO BERCIANO HERNÁNDEZ (entrevista personal)

Detuvieron a mi padre, Antonio Cerrato Retamal, al terminar la guerra porque estuvo en el Ejército republicano y se marchó a la División Azul para condonar la pena que pudiera tocarle.

ASCENSIÓN CERRATO (entrevista personal)

Una noche de juerga se alistaron varios trujillanos en el Hotel Bizcocho: Elías Rubio Rayo —que estuvo destinado como enfermero en un hospital de Puschkin encargado de ir a recoger los heridos al frente, aparte de trabajar como zapatero—, Diego Núñez Mena —se fue con 17 años y volvió con metralla en una pierna pero no fue

declarado mutilado porque se negó a pasar el reconocimiento médico— y José López Bernal.

Yo me alisté a los 19 años en la División Azul porque estaba harto de trabajar con los albañiles acarreando la grava y la arena con un carro. Solo cobraba una peseta a la semana y la comida diaria. Nos apuntamos varios en el local que tenía la Falange en Trujillo y de allí nos llevaron por carretera hasta Cáceres, donde estuvimos alojados un par de días en el cuartel del Regimiento de Infantería Argel nº 27, junto a la Plaza de Toros. Al llegar a Cáceres me enteré de que mi hermano José, tres años mayor que yo, estaba ingresado en el Hospital Militar con una pierna amputada por la explosión de una mina en el frente ruso. Fui a verle y trató de convencerme para que no me fuera ofreciéndose a acompañarme al cuartel de la Guardia Civil para pedir que me excluyeran de la lista por ser hermano de un mutilado de guerra. No le hice caso y luego me arrepentí muchas veces de haber tomado aquella decisión.

LUIS ROBLES FERNÁNDEZ (entrevista personal)

Un día que estábamos tomando unas copas decidimos apuntarnos a la División Azul. En total fuimos cinco: Manuel Picón Ramos, Francisco Valladares Galea, Juan Vázquez Toro, Leopoldo López Carvajal y yo. En marzo de 1942 partimos de la estación de ferrocarril de Zafra acompañados de mi padre que fue nombrado delegado porque todos éramos menores de edad. Nos despidieron el Sr. Alcalde y la banda municipal de música. Llegamos a Badajoz y mi padre nos presentó en la oficina de la División Azul, donde se hicieron cargo de nosotros.

FRANCISCO LÓPEZ CHAVERO (entrevista personal)